

TEMA 6. LA MUERTE DE JESÚS

Al leer los relatos sobre la Pasión, siempre nos preguntamos: En realidad, ¿por qué mataron a Jesús? ¿Qué movió a Caifás y a Pilato a actuar como lo hicieron? Hay cuatro relatos de la Pasión de Jesús, uno en cada evangelio que son bastante parecidos. Sabemos que los Evangelios se empezaron a contar y escribir comenzando por la Pasión. Después se añadió un prólogo largo: el relato de los hechos y enseñanzas de Jesús. Los relatos de la Pasión son históricamente muy fiables, lo que relatan debió ocurrir como se dice.

1. EL JUICIO JUDÍO ANTE CAIFÁS

Según los datos de los Evangelios, el primero en juzgar y condenar a Jesús fue el Sanedrín, es decir, los tribunales judíos. La causa: su rechazo al Templo de Jerusalén como lugar de encuentro con Dios.

El texto central de dicho rechazo es la expulsión de los mercaderes del Templo que aparece narrado en los cuatro Evangelios (Mt 21. Mc 11, Lc 19 y Jn 2). Todo parece indicar que este enfrentamiento entre Jesús y el Templo ocurrió al final de la vida de Jesús. En Marcos y Mateo, es claro que esa fue una de las acusaciones de la condena de Jesús: *“Se presentaron dos testigos falsos que decían ‘hemos oído que éste dijo: voy a destruir el Templo y en tres días lo reedificaré’* (Mt 26,61 y Mc 14,58). Los mismos judíos que se burlaban de Jesús al pie de la Cruz, repetían la acusación: *“Éste, que ha dicho que podía destruir el Templo y reedificarlo en tres días, no puede salvarse a sí mismo»* (Mt 27, 40). Y en Apoc. 21, 22, se describe la Jerusalén celestial diciendo: *“Y no vi en ella santuario”*. O sea, en la nueva Jerusalén no habrá templo.

Pero ¿qué hizo Jesús en el Templo? Derriba las mesas de los cambistas y expulsa a los vendedores de palomas y de ovejas, *“Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas y no permitía que nadie transportase cosas por el templo... y al atardecer se marchó fuera de la ciudad”* (Mc 11,15-19). O sea, Jesús hizo un acto profético en el Templo durante todo el día, hasta el atardecer, cuando marchó fuera de la ciudad. Lo que quería decir con él era: este sistema de culto no es el que Dios quiere y, por lo tanto, no pueden seguir ofreciendo sacrificios a Dios de esta manera.

Para Caifás el objetivo del templo era dar culto a Dios. Jesús proclamaba que a Dios hay que adorarlo en espíritu y en verdad, o sea sin distinciones entre judíos y gentiles, hombres y mujeres, gente rica y pobre, sanos y no sanos, porque Dios quiere a todos con amor infinito... Esto era subvertir el orden religioso establecido y tradicional. Para Caifás, lo único que puede ocurrir, si seguimos con estas ideas, es el caos.

¿Por qué quiere Caifás matar a Jesús? Jesús anunciaba la llegada del Reino de Dios. Si esto era verdad, Caifás debía hacer lo que Jesús pedía, convertirse y por eso romper con un orden que hacía distinción entre hombre y mujer, griego y judío, desde la entrada al Templo. Para Jesús, todos son hijos de Dios; también los pobres y los marginados lo son; incluso los que no cumplen la ley. Caifás y el Sanedrín trataron de demostrar que Jesús era un falso profeta. Falsa su idea de Dios, falso que Dios ame a los pecadores y que no haya distinción entre judío y extranjero. Y si Jesús no tiene razón, es un blasfemo por el modo de hablar sobre Dios y por eso, la Ley exige su muerte.

2. EL JUICIO ROMANO ANTE PILATO.

Cuando el Sanedrín va ante Pilato y presenta a Jesús como *el Rey de los judíos*, no hace más que traducir para Pilato lo que en el Sanedrín ya se ha decidido. Este hombre tiene pretensiones mesiánicas, ha dado a entender que con él llega el Reino de Dios; presentémoslo a Pilato con sus pretensiones de rey, que

Pilato ya se encargará de condenarlo como revoltoso: "*Éste ha dicho que es el Rey de los judíos*". Y, por tanto, traducen al mundo de la política lo que se expresaba en el campo religioso.

Pilato mandó flagelar a Jesús para aplacar al Sanedrín, pues no veía una causa para la condena. Flagelación en público (Mc 15,15-16), en la plaza del Empedrado (Jn 19,13). Jesús desnudo, atado con las manos en alto para no cubrirse ni caer al suelo. El látigo, de mango corto de madera, correas de cuero y bolas de plomo en los extremos, arrancaba trozos de carne al golpear. Se acostumbraba un máximo de 39 azotes: "*Cinco veces fui azotado por los judíos con los 39 azotes*" (2 Cor 11,24). Pero la flagelación no logró calmar a los Sacerdotes ni fariseos. Y Pilato, al fin, se lavó las manos en este juicio.

3. LA MUERTE DE JESÚS.

Los soldados le pusieron una corona de espinas (Mc.15, 17, Mt.27, 29 y Jn. 19,2), un casco que cubría la cabeza, como las coronas orientales del siglo I. Era una burla sobre la afirmación de Jesús ante Pilato, proclamándose Rey. Y según Mt. 27, 30, le golpeaban con una caña en la cabeza, clavándole más las espinas. La frente, las sienes y todo el cuero cabelludo constituyen una zona de nervios muy sensibles.

Después le cargaron a Jesús la cruz sobre la espalda hasta el lugar del suplicio. No toda la cruz, sólo el palo horizontal, "*patibulum*". Antes extienden sus brazos, le ponen sobre los hombros el travesaño (pesaría unos 40 kilos), y se lo atan a muñecas y brazos, para que no se caiga. Con los brazos extendidos, el madero le impedía a Jesús protegerse en caso de que tropezara por el camino. Si Jesús cayó durante su marcha, debió haber estrellado el rostro contra el piso.

El trayecto recorrido por Jesús desde el Pretorio de Pilato hasta el Gólgota era de unos 500 metros, pero en subida. En todo el camino, la áspera y astillada madera que llevaba encima fue destrozando los tejidos de la espalda y provocando heridas en sus hombros, totalmente cubiertos ya de sangre por la flagelación, y que ahora se reabrían y ahondaban a cada paso que daba.

Llegados al lugar del tormento, los Evangelios dicen: "*Y lo crucificaron*". Jesús fue crucificado desnudo. Había dos modos de crucificar a un condenado: atándole los brazos con cuerdas, o clavándolo con clavos. De ambos modos el reo moría asfixiado. Pedro, que murió crucificado, fue atado con cuerdas, según Juan: "*Cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te atará y te llevará a donde tú no quieras*" (Jn 21,18).

La cruz era una condena propia de Persia. Para ellos, la tierra era sagrada, y por eso idearon esta forma de castigo en la que el condenado estaba lejos del suelo, para no contaminarlo. De los persas, la crucifixión pasó a los fenicios y los romanos. En realidad, la pena de muerte propia de los judíos era la lapidación, como se ve en el episodio de la adúltera (Jn 8,5), las amenazas a Jesús (Jn 10,31; 11,8) y la muerte de Esteban (Hch 7,59).

Jesús fue crucificado con clavos. Juan afirma que cuando los apóstoles contaron a Tomás que Jesús se había aparecido, él dijo: "*Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero... no creeré*" (20,25). Los romanos introducían los clavos en el pulso, donde se flexiona la muñeca y hay un conglomerado de huesillos fuertes y resistentes, capaces de sostener un peso grande. Así se evitaba que se desplomara el cuerpo del crucificado.

Lo que hacía tan terrible la crucifixión era que el condenado moría después de una lenta y espantosa asfixia. Al tener el crucificado sus brazos estirados al máximo y en tensión, los músculos del pecho conservaban el aire viciado dentro de los pulmones, y le impedían expulsarlo hacia afuera. Y de ese

modo sufría un ahogo progresivo: como si lo hubieran ido estrangulando poco a poco. Después le clavarón los pies, haciendo entrar el clavo entre los huesos del metatarso. La operación se hacía con un solo golpe de martillo. Pero el dolor que provocaba era terrible.

La agonía duró tres horas. Por eso no le quebraron las piernas, porque ya estaba muerto. Por más seguridad, un soldado le atravesó el costado con una lanza, "*y al instante salió sangre y agua*" (Jn 19,34). La lanzada debió abrir la cavidad de la pleura y así brotaran, sin mezclarse, los dos elementos de la hemorragia, es decir, la "sangre" y el "agua".

4. LA SEPULTURA

El cadáver de un castigado a la pena capital solía ser entregado a sus parientes para una digna sepultura. En el Deuteronomio (Deut 21,22-23) se ordenaba que ningún cadáver permanecería expuesto durante la noche; debía ser sepultado el mismo día para no contaminar la tierra. Mc 15, 42 nos habla de José de Arimatea, "*miembro respetable del Sanedrín, que esperaba también el Reino de Dios*" y que tuvo la valentía de ir donde Pilato y pedir el cuerpo de Jesús. Podían sospechar que era seguidor de Jesús, pero el ser miembro del Sanedrín lo libraba en parte de tales sospechas.

La costumbre judía era que los condenados por haber violado la Ley no recibieran una sepultura honrosa. Marcos sólo dice que José, después de comprar una sábana y descolgar el cuerpo de la cruz, "*lo envolvió en la sábana*" y "*lo puso en un sepulcro que estaba excavado en la roca*". En Mateo, José de Arimatea era discípulo de Jesús que pidió a Pilato su cuerpo y éste se lo entregó. La tumba de Mateo era de José de Arimatea y era "*nueva*". Dos características que hacen más honorable la sepultura de Jesús, pero difícilmente creíbles. Lucas describe a José de Arimatea como "*hombre bueno y justo*", que "*no había estado de acuerdo con la decisión y el proceder de los demás*".

Nicodemo se presentó llevando una mezcla de mirra, áloe y los polvos aromáticos que los judíos ponían junto a los cadáveres para disimular el mal olor de la descomposición. Según Juan, Nicodemo llevó 45 kilos de perfumes. Cifra desorbitada que quiere describir el entierro de un rey. Cuando murió el rey Herodes se emplearon 500 esclavos para cargar los aromas de sus exequias; y cuando murió el rabino Gamaliel el Viejo, se quemaron 40 kilos de esencias en su funeral. Si en la cruz se decía "*Rey de los judíos*" (Jn 19,19-20), debía recibir un sepelio acorde con su rango.

Tomaron el cuerpo de Jesús y "lo envolvieron con vendas" (no sólo con una sábana), agregaron los aromas, y realizaron todos los ritos necesarios "*según la costumbre judía de sepultura*", es decir, con la minuciosa perfección de los fariseos.

Terminada la tarea depositaron el cuerpo en una tumba nueva que había "*en un jardín*". Se trata de otro detalle simbólico de Juan. Los reyes de Judá eran sepultados en un jardín (2 Re 21,18.26), y el rey David yacía en una tumba de un jardín (Neh. 3,16). El "rey de los judíos", hijo de David, también debía descansar en un jardín. Jesús, según Juan, tuvo un entierro magnífico, digno de un rey.

5. SIGNIFICADO DE LA MUERTE DE JESÚS.

Como sabemos, cada uno de los Evangelios transmite su propia visión teológica sobre la pasión y muerte de Jesús. Como sabemos también, estos relatos del Evangelio no son reportajes periodísticos de lo que sucedió el Viernes Santo, sino más bien son interpretaciones teológicas de lo acontecido.

Para Lucas, la muerte de Jesús es la revelación más clara del perdón y amor de Dios. Por eso Jesús cura la oreja del atacado por Pedro, al que perdonará, y logra que Pilatos y Herodes vuelvan a ser amigos. Como que Jesús tiene “un efecto curativo” de las relaciones humanas. Y sobre todo, cuando Jesús es crucificado y aún mientras lo crucifican, él pronuncia las famosas palabras: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Palabras, que para un cristiano son el sumo criterio para tratar a un enemigo.

Estas palabras revelan cómo Dios ve y entiende incluso nuestro pecado: como ignorancia simple, no culpable, invencible, comprensible, perdonable, similar a las acciones autodestructivas de un niño inocente. En ese contexto, Lucas narra el perdón de Jesús al “buen ladrón”. Y es que el hombre es perdonado no porque no pecó, sino a pesar de su pecado. Finalmente, en la narración de Lucas, a diferencia de las narraciones de Marcos y Mateo, Jesús no muere expresando abandono, sino su completa confianza: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. Para Lucas la muerte de Jesús lava, deja todo limpio, en cada uno de nosotros y en el mundo entero. Lo cura todo, lo comprende todo y lo perdona todo, a pesar de toda ignorancia, debilidad, infidelidad y traición de nuestra parte.

Según Mateo, cuando Jesús muere, muchos cuerpos de santos que habían muerto, resucitaron, identificando el día de Yahvé con el de la muerte de Jesús. En este día, que se cumple en Jesús, el Espíritu, exhalado por él al morir, infunde en los hombres la vida que supera la muerte. El sepulcro ya no es el final del hombre y la fuerza de la muerte está ya destruida.

El hecho de que, en Mateo, la resurrección de los santos se conecte con la muerte de Jesús, y su aparición se verifique después de la resurrección de éste, une estrechamente la muerte y la resurrección. La muerte de Jesús produce vida en ellos, una vida que se manifiesta tres días después, cuando Jesús resucita. La resurrección de estos santos muestra que el reinado de Dios, dador de vida, ha comenzado.

Mateo, al relatar los prodigios que acompañaron a la muerte de Jesús, no pretendió relatar hechos sucedidos realmente. Usó como símbolos los fenómenos extraordinarios anunciados ya por los profetas en el día de Yahvé y se propuso, por tanto, desvelar con imágenes extraídas de las Escrituras, el profundo sentido de la muerte de Jesús. La verdad histórica, así, fue iluminada con las Escrituras judías y desveló el significado de la muerte de Jesús ante los destinatarios del evangelio y frente a sus adversarios judíos.

El relato de Marcos sobre la crucifixión es algo diferente de los otros evangelios. Sólo incluye una de las siete palabras. La descripción de Marcos se limita a tres breves pasajes. Se salta las tres primeras horas de agonía hasta la hora novena en la que Jesús grita *“Elohí, Elohí, lamma Sabactani”* (Mc 15, 33). Marcos enfatiza la teología de la cruz (Mc 8,27s), y quiere demostrar que Jesús es el hijo de Dios. Para Marcos, Jesús es el modelo a seguir en medio del sufrimiento. Su teología del seguimiento desemboca en una teología de la cruz.

Para Juan, Jesús mantiene una actitud soberana y triunfante hasta en su muerte (Jn 13,1). Su crucifixión es entendida como el *“ser elevado”* de regreso al Padre. Hasta la traición de Judas está vista como una orden por parte de Jesús a que se haga lo que tenga que hacer (Jn 13,27). Cuando van a arrestarlo, Jesús dice *“yo soy”*, y ellos caen a tierra, impotentes. En el interrogatorio, Jesús termina interrogando a Pilato.